

# Las marcas discursivas de la conciencia individualista en el diálogo humanístico del siglo XVI

Jacqueline Ferreras

Universidad de París X-Nanterre

Este trabajo se sitúa en la continuación del estudio de conjunto del género que realicé hace años, y de los estudios parciales que siguieron en diversos artículos, en los que analicé el contenido y/o la estructura de los textos ; agradezco la oportunidad que me depara esta invitación de enfocar el género del «diálogo humanístico» desde su literariedad.

Mi pregunta de hoy es la siguiente: ¿de qué manera, en el diálogo humanístico, da cuenta la interlocución de la conciencia individualista renacentista<sup>1</sup>, tal como se ve reflejada en la problemática de fondo, no exenta de ambigüedad, por cierto, que ofrecen los textos? Pregunta que se juzgará ambiciosa (sino ociosa), pero que era inevitable para mí, por ser este planteamiento complementario de mi estudio del contenido conceptual de los diálogos humanísticos. Mediante la interlocución es como se materializa, en efecto, la parte propiamente ficcional (y a la vez funcional) de estas obras. Esta pregunta pide, por el campo que abarca, una respuesta amplia y detallada que debería de dar lugar a un libro ; hoy me limitaré a esbozar algunas orientaciones.

Como parece lógico, la hibridación, reconocida desde los orígenes<sup>2</sup> como característica del género, que es a la vez conceptual y literario, se debe de percibir en la escritura. Así observamos que la ficción dialogal, por una parte, imita la realidad vital

<sup>1</sup> Véase sobre este concepto Artola, 1971, p. 169.

<sup>2</sup> Véase la diferencia que establece indirectamente Aristóteles, *Poética*, 1447b y, para más referencias, Savoye de Ferreras, 1984, p. 99 y ss.

de la conversación, y, por otra, sirve la intención didáctica del autor, cuya escritura tiene que ver, entonces, con la retórica.

Lo que me interesa ahora es estudiar el proceso interlocutivo en su dimensión de virtualidad comunicacional, que se quiere imitación perfecta del proceso interlocutivo de la conversación real. Me centraré así sobre los elementos de ficción conversacional, dejando aparte la interlocución propiamente retórica, que está al servicio de las ideas que defiende el autor.

Primero que todo, recordaré las declaraciones de los propios autores de diálogos humanísticos sobre sus motivos e intenciones al escribir diálogos y su concepción de las ventajas de la interlocución sobre la exposición lineal del tratado y también sobre su dificultad.

Analizaré a continuación la relación entre ficción escrita y realidad oral; para ello me serviré de los instrumentos de análisis proporcionados por las investigaciones en ciencias del lenguaje, que dan cuenta de los mecanismos determinantes en el proceso de comunicación en la conversación real. Aplicaré estos instrumentos a la ficción dialogal a fin de examinar de qué manera el diálogo humanístico resulta ser una «conversación escrita», es decir cómo cumple con las normas que rigen la interlocución en la conversación real. Me basaré para ello en ejemplos sacados de varios textos, a modo de muestras cuyas características son, en rigor, extensivas a los demás diálogos<sup>3</sup>.

Este análisis me permitirá responder a mi pregunta inicial a partir de la hipótesis según la cual el sistema interlocutorio «representa» la concepción que se tiene de las relaciones que el sujeto es capaz de mantener con los demás; interpretaré así la interlocución en el diálogo humanístico como una «representación» de la concepción de las relaciones interindividuales, en el sentido que se viene dando a esta noción en las ciencias humanas desde hace unos diez años<sup>4</sup>. Esto supone que enfoco el género desde una perspectiva *funcional* de la literatura considerada como parte integrante de la representación global de la dinámica vital de la sociedad del XVI<sup>5</sup>.

Quisiera, pues, destacar las características, y los límites, de la «representación que podía hacerse la sociedad áurea de las relaciones interindividuales, a través de la doble mediación que instauran el lenguaje y el escrito.

Y concluiré sobre la interlocución en el diálogo humanístico como «representación» de la conciencia individualista moderna en su aspecto racional y etapa fundamental en el arte de novelar moderno que triunfará con el *Quijote*.

<sup>3</sup> El estudio de la interlocución sólo puede concernir a las obras escritas en castellano y, de paso, evidencia la distinción esencial que hay entre los pocos diálogos escritos en latín, forzosamente artificiales, y los demás diálogos escritos en lengua vernácula.

<sup>4</sup> Véanse *Actes du Colloque Représentation(s)*, 2000.

<sup>5</sup> En una perspectiva próxima al planteamiento de Viala, 1999.

EL PLANTEAMIENTO DE LOS AUTORES: EL DIÁLOGO HUMANÍSTICO  
 COMO «CONVERSACIÓN ESCRITA»; LA VOLUNTAD DE  
 «VEROSIMILITUD» DE LOS AUTORES

Sobre el arte del diálogo humanístico y sus características, los dialoguistas, mucho antes de Espinosa y Santayana<sup>6</sup>, han expresado su voluntad de verosimilitud, es decir de imitación de la conversación real, llegando incluso algunos a presentar sus obras como la simple transcripción de conversaciones reales. Y paralelamente han dejado reflexiones que dan cuenta de su empleo retórico del género, es decir de la función comunicacional intencionada que conllevaba, como lo dejó claro, en *El Humanista* (1600), Baltasar de Céspedes, para quien los diálogos pertenecen al arte oratoria, es decir a la retórica<sup>7</sup>.

*Justificación de la elección de la forma dialogada*

Entre los autores que justifican su elección del diálogo, escribía tempranamente en 1531 el Padre Osuna en el *Norte de los estados*:

Va el libro por manera de pregunta y respuesta, *para mayor explicación* de lo que se dice y el que lo leyere ha de pensar *si quiere gozar más* de lo que se dice, *que pregunta él* y responde quien sabrá dar razón de lo que se demanda.<sup>8</sup>

Notemos ya que el autor insiste en su intención didáctica con la noción de «explicación» y que quiere optimizar la «recepción» de su libro, diríamos hoy, tomando en cuenta el «placer del lector» y aconsejándole que se identifique con el joven Villaseñor, que ha venido a pedirle consejos al autor sobre el estado matrimonial.

Cerca de medio siglo más tarde, el Dr. Francisco de Ávila, en 1576, enfoca el género desde el quehacer literario del autor, y, dirigiéndose «al lector», enuncia las características que en su opinión, definen el diálogo. Recalca primero que componer un diálogo es difícil «por haberse de ir tantas veces enhebrando y concertando las razones, por las continuas preguntas y respuestas que en él se ofrecen» y subraya el interés de esta forma, que él ve precisamente en esta imitación verdadera de la conversación real, es decir en este carácter coloquial, concreto y singular:

También me ha parecido esta manera de escribir ser de provecho notable, *por hablar en ella como se habla, con cada uno en particular*, y poder el que lo lea, sin dificultad imaginarse *ser él con quien se habla, y decirse a él* las cosas que ahí se dicen, y de esta manera sacar provecho de ellas, *como si a él se lo dijese y para él sólo se escribiesen*.<sup>9</sup>

<sup>6</sup> La primera preceptiva en castellano sobre el arte de escribir es la *Rhetórica en lengua castellana* de Miguel de Salinas de 1541, y no trata del diálogo (pero sí insiste, para ejercitarse en escribir, en la imitación de la vida real). Véase, sobre el contexto editorial, la introducción a la edición de 1999. El *Arte de retórica* de Espinosa y Santayana es de 1578.

<sup>7</sup> Y es de notar que, desde los orígenes, con los Sofistas, la finalidad de la retórica se cifra en la «funcionalidad» del texto.

<sup>8</sup> Fº aVv.

<sup>9</sup> *Diálogos en que se trata de quitar la presunción y brío al hombre...*, Alcalá, Juan de Lequerica, 1576, F. AIV.

De otra manera subraya L. Barahona de Soto el desorden conversacional del diálogo a través de una alusión humorística a Platón «que para escoger y sacar en limpio una proposición, disputa un año y gasta una mano de papel»<sup>10</sup>.

Es de notar, ya, la ponderación del aspecto individualizado de esta dimensión de comunicación al servicio de la meta didáctica. Este aspecto «individualizado» sólo puede lograrse merced a un estilo conversacional que «imita», o «recrea» la conversación real.

Otros autores justificaron de manera análoga su elección de la forma dialogal (Constantino Ponce de la Fuente con su *Suma de doctrina cristiana*, escrita para gentes sin erudición y letras», 1543; Bernardino Montaña de Monserrate que completa su *Libro de la Anothomía del hombre* con un coloquio dirigido al hombre curioso, 1551; Juan de los Ángeles en sus *Diálogos de la conquista del espiritual y secreto reyno de Dios*, 1595; Diego González de Medina Barba, que pretende con su *Examen de fortificación*, 1599, refutar las críticas que se le han hecho a propósito de su concepción arquitectónica de la fortificación de Nápoles, etc.)<sup>11</sup>.

#### *El diálogo como transcripción de una conversación real*

Otros autores van más lejos y presentan su obra como una mera transcripción de una conversación que tuvo realmente lugar. Así López de Villalobos, en 1530, encabeza uno de los diálogos de sus *Problemas* como «el trasunto de un diálogo que pasó entre un Grande de este reino de Castilla, estando con el frío de la cuartana, y el doctor Villalobos que estaba allí con él, en presencia de sus hijos y de la noble juventud de su casa»<sup>12</sup>. Montaña de Monserrate explica de la misma manera el origen de la ficción onírica de su coloquio del *Sueño del marqués de Mondéjar*. El padre Pineda, además de justificar, desde el punto de vista didáctico, su elección de la forma dialogal en sus *Diálogos de agricultura cristiana*, con las mismas razones de otros autores, añade que parte de estos encuentros tuvieron una base real:

... Cuánto más que sin duda, digo que los más encuentros y cuentos de los interlocutores que aquí fueren nombrados con nombres disfrazados, pasaron en todo o en parte como aquí se leerán, con sólo desfigurarlos algunas veces un poquillo por los hacer desconocidos, procurando evitar en unos la sospecha de lisonjero y en otros la infamia de murmurador...<sup>13</sup>

Sabido es, por fin, que ya mucho antes J. de Valdés, en el prólogo que dirige al marqués de Villena, daba como origen de su *Diálogo de la doctrina cristiana* un hecho real: el personaje del arzobispo no era nada menos que el jerónimo Pedro de Alba que acababa de morir (21 de junio de 1528) y ocupaba entonces la sede de Granada<sup>14</sup>. Sabido es, también, que el mismo Juan de Valdés hace de la base real de la conversación un procedimiento literario artísticamente elaborado en el *Diálogo de la lengua* que nos

<sup>10</sup> *Diálogos de la montería*, ed. 1890, p. 41.

<sup>11</sup> Véase Ferreras, 1985, pp. 718-721 y 985-994.

<sup>12</sup> Ed. 1950, p. 443.

<sup>13</sup> Ed. 1963, p. 4.

<sup>14</sup> Milhou, 1990, n. 288. Es de recalcar la renovación ahí del modelo ciceroniano del diálogo, con el recurso a personajes históricos.

es presentado haciéndose, con lo cual el auditor/lector asume necesariamente el papel de testigo (imaginario) de la construcción del texto. Más tarde, Fr. Luis de León remite también a la realidad con un procedimiento revelador del peso de la oralidad, en la dedicatoria de *De los nombres de Cristo* a Don Pedro Portocarrero:

Pues a este propósito me vinieron a la memoria unos razonamientos que en los años pasados tres amigos míos y de mi Orden, los dos dellos hombres de grandes letras e ingenio, tuvieron entre sí, por cierta ocasión, acerca de los nombres con que es llamado Jesuchristo en la Sagrada Escritura; los quales me refirió a mí poco después el uno dellos, y yo por su qualidad no los quise olvidar.<sup>15</sup>

Y podríamos citar todavía el *De re militari*, de D. de Salazar (1536); el *Diálogo sobre la necesidad y obligación y provecho de la oración* de Fr. Juan de la Cruz (1555); el *Arte poética* de Miguel Sánchez de Lima (1580); etc.<sup>16</sup>

El propósito de los autores es claro: imitar la realidad conversacional, cuya individualización concreta permite convencer más eficazmente al lector, lo que corrobora a su manera, y desde otro punto de vista, el censor de libros A. Venegas:

Diálogo quiere decir demanda y respuesta de entre dos o más personas que hablan. Hay muchas diferencias de esta manera de escribir. (...) debajo de esta forma de escribir se suele esconder la cizaña que el diablo quiere sembrar entre el trigo, porque debajo de ajena persona, osa el escritor, amador de singularidad, lo que sin su peligro no osaría escribir en su propia persona.<sup>17</sup>

EL DIÁLOGO HUMANÍSTICO Y LA CONVERSACIÓN REAL: LAS  
«OBLIGACIONES DE ENCADENAMIENTO» DE LA CONVERSACIÓN REAL  
RECOGIDAS EN EL DIÁLOGO HUMANÍSTICO

Esta voluntad declarada de los autores de diálogos de «imitar» la conversación real justifica pues que se analicen estas «conversaciones escritas» a la luz de los estudios que se han venido haciendo desde hace unos años sobre los mecanismos que presiden al desarrollo de la conversación real, a fin de comprender en qué reside el acierto de esta imitación.

Los estudios sobre los mecanismos de la conversación real han puesto en evidencia una serie de características. La primera es la diversidad formal de la conversación real en función del tema, de la relación que mantienen entre sí los interlocutores y de sus intenciones. Esta diversidad formal se refleja a través de la serie de sinónimos que responden a modalidades distintas de la conversación con sus correspondientes normas de comunicación<sup>18</sup>. A modo de ejemplo, citaré algunos de los 44 sinónimos que recoge el diccionario de Casares: «plática», «charla», «comentarios», «discusión», «razonamiento», «conferencia», «consultación», «visita», «encuentro», «entrevista»..., que dan muestra de la variedad de relaciones, según domine la noción de sociabilidad

<sup>15</sup> Ed. 1982, p. 146.

<sup>16</sup> Véase n. 11.

<sup>17</sup> Prólogo al lector en *Apólogo de la ociosidad y el trabajo* de Luis Mexía y Ponce de León (1546).

<sup>18</sup> Véase Milon, 1999, pp. 1 y ss.

acostumbrada y recíproca, sin más justificación que el placer de compartir impresiones, o la noción de intercambio/discusión de reflexiones u opiniones, o la de consulta y transmisión de conocimientos e ideas.

La segunda característica radica en la necesaria coincidencia por parte de los interlocutores en el interés de un tema, cualquiera que sea (del «palique» a la «conferencia»). La tercera característica estriba en un desarrollo seguido de la interlocución, sin tiempos muertos. Por fin la conversación real destaca por su espontaneidad (o aparente espontaneidad). Este conjunto de factores supone evidentemente un número reducido de locutores, cuyo grado de participación puede variar y cuya presencia, incluso silenciosa, influye, de por sí, en el discurso de los demás<sup>19</sup>.

Sin embargo, el discurso conversacional no deja de cumplir con normas que determinan su necesaria coherencia. Estas normas pueden resumirse, según J. Moeschler<sup>20</sup>, en «obligaciones de encadenamiento», que determinan el conjunto de las continuaciones posibles después de la primera intervención de un locutor, y «obligaciones estructurales», que determinan la orientación del proceso conversacional en relación con la alternativa de cierre o continuación. Estudiaré estos distintos aspectos en unos cuantos ejemplos.

El carácter espontáneo de la conversación real nace de una circunstancia, a menudo fortuita: un encuentro, y de la cooperación activa de los locutores, es decir de su deseo de conversación. Si consideramos el principio de unos cuantos diálogos humanísticos, comprobamos, en ellos, que concurren siempre estos elementos, y que, al mismo tiempo, su extremada variedad corresponde a la imitación de la vida en su singularidad concreta.

### *La presentación del marco espacio-temporal-relacional*

El encuentro de los interlocutores se presenta de manera variada, respondiendo a circunstancias concretas e individualizadas. Puede darse el encuentro por casualidad, y el placer mutuo de los interlocutores marca entonces el inicio de la conversación; otras veces un personaje viene expresamente a visitar a otro personaje, simplemente porque son amigos, y la conversación arranca de cualquier observación o pregunta; en otros casos un personaje busca, o quisiera encontrar a otro, porque espera de él las respuestas a sus dudas; también se da el caso de que la obstinada curiosidad de uno de los interlocutores en un encuentro fortuito obtenga la participación de su interlocutor. Veamos las correspondientes marcas discursivas en algunos ejemplos.

En el *Coloquio de la dentadura* de Martínez de Castrillo, primero hablan separadamente Ramiro y Valerio; Ramiro se lamenta por la calentura peligrosa que padece su hijito, mientras que Valerio se alegra de conocer por fin la ciudad de Valladolid, aunque echa de menos la presencia de un amigo con quien compartir su alegría:

<sup>19</sup> Véase Kerbrat-Orecchioni, 1996.

<sup>20</sup> Véase Moeschler, 1989.

VALERIO. Un alma sola ni canta ni llora. Que me maten si aquel no es Ramerillo, criado que fue de mi padre. Jesús, Jesús ¿qué es esto? Váleme la madre de Dios qué hombre que estás, ¿es posible que eres tú Ramirillo?

RAMIRO. O señor Valerio, qué venida es ésta, ¿ay algún negocio? Que en Valladolid a los forasteros no se les ha de preguntar otra cosa....

VALERIO. ... Mas antes que adelante pasemos *quiero que me digas* qué vida es la tuya y de qué estás tan triste...<sup>21</sup>

Por Valerio sabemos que estamos en Valladolid y *supuestamente* en una calle; las interrogaciones marcan sorpresa y placer; la expresión que emplea Valerio a propósito de Ramiro («criado que fue de mi padre») sitúa la relación de familiaridad que tuvieron los dos interlocutores y justifica la mutua curiosidad de los dos personajes, las preguntas de Ramiro así como el hecho de que Valerio en seguida tome el mando de la conversación, mostrando su capacidad clínica de observación... Y ya está lanzada la conversación.

El primero de los *Coloquios matrimoniales* de P. de Luján empieza así:

DOROTEA. Dios te salve, hermana Eulalia, y te deje gozar tu fresca y moza y hermosa juventud. Que por Dios que tan hermosa te veo que apenas te pudiera conocer.

EULALIA. Ese mismo te guarde y prospere, hermana Dorotea. Mas qué nuevo modo de lisonjearme es éste, trayendo tú contigo el todo que de hermosura en mí puedes notar.

DOROTEA. No, por mi vida, sino que me parece que te veo agora más fresca que nunca te vi.

EULALIA. Por dicha harálo los pocos cuidados que debo tener.

DOROTEA. Como no eres casada.

EULALIA. Ni aun lo querría ser.<sup>22</sup>

Una visita entre amigas, *supuestamente* en la casa de Dorotea, ya que ella es la que saluda primero, y en el momento reservado a las visitas, ya que Dorotea no muestra ninguna sorpresa. Eulalia se extraña de tanta ponderación de su belleza por parte de una amiga, a la que ve con frecuencia, si juzgamos por el *mutuo tuteo*; la insistencia de la mayor suscita una explicación por parte de la joven, explicación que Dorotea comenta con una alusión a su estado «Como no eres casada»; esta reflexión suscita una reacción cortante, como de amiga *supuestamente joven e íntima*, por parte de Eulalia «Ni aun lo querría ser», y ya está lanzada la conversación.

En el *Coloquio primero acerca de los médicos* de Pedro Mexía (1547) leemos:

GASPAR. No parece sino que nos espiamos el uno al otro según salimos a un tiempo.

BERNARDO. Por cierto que tenéis razón. ¿Pues vos para dónde queréis ir?

GASPAR. Si no mandáis otra cosa, yo pensaba irme a casa de Don Nuño a estar una hora; que como está flaco de la enfermedad pasada, no sale aún de casa.

BERNARDO. Pues en verdad que yo salí con el mismo propósito.

GASPAR. Muchas veces acontece así: moverse a una cosa la voluntad de dos hombres estando en diversos lugares, y aun acordarse el uno del otro a un mismo tiempo, que parece que se entienden los ánimos entre sí.

<sup>21</sup> Ed. 1975, pp. 38-39.

<sup>22</sup> Ed. 1943, pp. 7-8.

BERNARDO. Por la parte que somos espirituales no es mucho que parezcamos en algo a los ángeles, que sin hablarse se entienden y comunican sus conceptos los unos a los otros.

GASPAR. Como quiera que sea, pues Dios nos movió a ambos a un tiempo a esta buena obra, vamos juntos a hacerla.<sup>23</sup>

El lugar es *supuestamente* una calle, por los verbos «salimos» y «queréis ir», y en el momento del día en que se suelen hacer las visitas. Se trata de caballeros por el «vos» pero su amistad aparece en el *asentimiento* redoblado a través de la pregunta que encierra la réplica de Bernardo. La *mutua voluntad* es evidente, como lo desarrollan los comentarios que siguen subrayando su compenetración y misma voluntad.

En el *Coloquio del sol*, del mismo Pedro Mejía, los interlocutores coinciden en la Iglesia Mayor de Sevilla, indica previamente el autor, y empieza el *Coloquio* así: «PAULO. ¿Habéis oído misa o buscáisla?». Y después de algunos comentarios en torno a las misas dice su interlocutor:

PETRONIO. ... pero, pues ambos hemos oído nuestras misas, vámonos allí a sentar donde están Ludovico y Antonino, que también la habrán oído, según están hablando de propósito y estaremos en buena conversación hasta que sea hora de irnos a comer.

PAULO. Bien decís, vamos.<sup>24</sup>

Aquí la pregunta *directa* nos sitúa *supuestamente* por la mañana y dentro o cerca de una iglesia, e implica un trato habitual pero no íntimo, de vecinos amigos, que conocen mutuamente sus costumbres y comparten la del encuentro con motivo de la misa, lo que corrobora la réplica final del interlocutor que ensancha la información a la *costumbre de la conversación* con un círculo de amistades después de oír misa.

En el *Colloquio que trata de la desorden ... en el comer y beber*, de A. de Torquemada, uno de los interlocutores viene buscando expresamente conversación y se le junta otro a quien acaba de encontrar fortuitamente:

RUIZ. ¿Adónde bueno, señor Quiñones?

QUIÑONES. Hacia el monasterio de San Jerónimo, a gozar un rato del fresco de la tarde y de la buena conversación del licenciado Velázquez...<sup>25</sup>

El tema propiamente dicho saldrá más adelante, surgiendo de las observaciones de los interlocutores.

Lo mismo pasa con los interlocutores del tratado primero del *Jardín de flores curiosas*:

BERNARDO. ... Y, pues que ahora estamos ociosos, bien será que nos vamos un poco por la ribera del río, que no faltará en qué pasar el tiempo, entreteniéndonos con la buena conversación.

<sup>23</sup> Ed. de 1936, pp. 331-332.

<sup>24</sup> *Id.*, pp. 402-403.

<sup>25</sup> En *Coloquios satíricos...*, ed. 1907, pp. 521-522.

LUIS. Mejor se nos apareja de lo que pensábamos, que veis allí viene Antonio, el cual es tan avisado y tiene tan buenos cuentos, que jamás os cansaréis de oírle.<sup>26</sup>

En estos dos casos, completa la ambientación la leve indicación de tiempo y la anterior evocación de un espacio rústico, que corresponde a los jardines, entonces espléndidos, del palacio de Benavente.

El *Diálogo de la dignidad del hombre* de Pérez de Oliva empieza de la siguiente manera:

AURELIO. Viéndote salir, Antonio, oy de la cibdad, te he seguido hasta veer este lugar do sueles tantas vezes venir a pasearte solo, porque creo que digna cosa será de veer, lo que tú con tal costumbre tienes aprobado.

ANTONIO. Este lugar, Aurelio, nunca fue tal ni de tanto precio como es agora que eres tú venido a él.<sup>27</sup>

El encuentro se sitúa en el campo en las afueras de una ciudad, según el desarrollo que sigue. El *tuteo* revela una amistad íntima que corrobora la *actitud y curiosidad* de Aurelio y permite el juego, como de adivinanzas, que sigue entre Antonio y Aurelio, hasta que el primero confiesa que la amada a quien busca en el hermoso paisaje «Soledad se llama». Y prosigue la conversación, pues no se queda satisfecha la curiosidad de Aurelio. La intimidad manifiesta desde la primera réplica garantiza la continuación de la conversación a la par que se presta a la gravedad del tema que seguirá.

Es de notar que hasta en una obra que es, de hecho, un catecismo, el Padre Andrés Flórez recurre a esta fórmula dialogal para introducir su *Diálogo de doctrina cristiana entre un Ermitaño y un niño*, «fingiendo como que se encontraron por un camino y el ermitaño pregunta y el niño responde»:

ERMITAÑO. Dios venga con vos niño.

(NIÑO.) Deo gracias padre.

(ERMITAÑO.) Soys cristiano?

(NIÑO.) Sí por la gracia de Jesu cristo.

(ERMIT.) Que quiere dezir cristiano?<sup>28</sup>

*La aparición de locutores de características sociales nuevas,  
acorde con temas nuevos y su reflejo lingüístico*

Esta variedad en la presentación de la situación conversacional se acentúa con la introducción de temas profesionales cuya dimensión laboral es del todo nueva en el

<sup>26</sup> Ed. 1983, p. 101.

<sup>27</sup> Ed. 1995, p. 115.

<sup>28</sup> Ed. 1997, véase introd. p. 129: «Flórez apenas da un par de recursos para crear la ficción conversacional típica del diálogo: dos referencias al escenario y unas cuantas para hacer más verosímil la figura infantil. etc.». Pero yo no estoy de acuerdo con la nota 55 de la p. 86: la práctica de los dialoguistas del XVI «utiliza» los modelos pero no los «sigue» servilmente, y en este sentido hablar de «técnica del diálogo literario» no me parece una fórmula adecuada por corresponder a una concepción de la «intransitividad» de la literatura. Véase también, sobre la renovación de la tradición, la nota 33, *infra*.

ámbito de la ficción literaria, y puede verse en ello una consecuencia directa de la imprenta.

Así el temprano *Medidas del Romano* de Diego de Sagredo nos introduce en el taller de un escultor: el autor nos presenta a los interlocutores como «dos grandes amigos», uno «familiar de la iglesia de Toledo» y el otro pintor. El primero viene a visitar a su amigo que encuentra «haziendo una cierta traça» y dice: «Siempre que te vengo a ver te tengo de hallar o estudiando o debuxando o traçando: bien sería tomasses unos ratos de plazer...» y luego añade: «¿Qué bien pueden dezir del trabajo pues con él se muelen los huessos y se fatigan las carnes y se acorta la vida?»<sup>29</sup>.

Es de subrayar *lo abrupto del comentario* dirigido al escultor por su amigo, al que *ni saluda*, si bien la *relación de amistad* se deduce de la misma costumbre («siempre») y se ve confirmada por la carga afectiva del empleo del posesivo en la respuesta del escultor «O mi Picardo: ¿y tú no sabes que es sentencia de Pitágoras que la buena vida ha de ser de su principio exercitada en trabajos?». La brusquedad del trato está a tono con la forma de hablar que sigue, propia del lenguaje coloquial y para nada académica ni mucho menos «literaria». Más adelante Tampeso seguirá con el mismo tono brusco para preguntarle a su visita si debe seguir dándole explicaciones:

(TAMPESO.) Los architraves dóricos son formados por las mismas medidas que los jónicos puesto que son todos rasos y sin faxas ningunas. Parece que todo te duermes según tienes la cabeça inclinada. Y si assí es no quiero dezir más porque mi trabajo no sea embalde.

(PICARDO.) No duermo, que bien he oýdo todo lo que has dicho y lo tengo bien entendido. Pero estava pensando en los architraves del templo de Diana en Epheso...<sup>30</sup>

La rudeza del trato se compagina, según vemos, con la evidente cultura de un ambiente profesional muy preciso: el de los ingenieros-artistas<sup>31</sup> de Burgos y Toledo en las primeras décadas del siglo. (Sabemos que Picardo es en la realidad un pintor oriundo de Picardía que se instaló en Burgos en 1511 y fue el pintor más representativo de la ciudad durante la primera parte del siglo y se aludirá también en el *Diálogo* a otros dos artistas, Andino y Felipe de Borgoña<sup>32</sup>.) Es de notar ahí cómo Sagredo renueva la tradición ciceroniana encarnándola en profesionales contemporáneos, verificándose así lo que ha escrito H. G. Gadamer sobre la transformación de la tradición como condición de su vitalidad<sup>33</sup>.

Otro ambiente profesional, más fino, aparece en el *Diálogo llamado pharmacodiosis* de Nicolás Monardes que, después de la advertencia («Interlocutores: Nicolao, médico y Ambrosio, boticario») empieza así:

NICOLAO. Sáveos Dios, Ambrosio.

AMBROSIO. Venga en buena hora, mi Nicolao.

NICOLAO. ¿Qué es esto que hazes? ¿Qué muchedumbre de medicinas es ésta? ¿Por aventura hazes memoria de las medicinas que tienes?

<sup>29</sup> Ed. 1976, f° AII.

<sup>30</sup> *Id.*, f° DVI.

<sup>31</sup> Véase López Piñero, 1979, p. 63.

<sup>32</sup> Ferreras, 2000.

<sup>33</sup> Gadamer, 1995.

AMBROSIO. No es eso.

NICOLAO. Pues, ¿qué es?

AMBROSIO. Dispensó las píldoras agregativas.

NICOLAO. ¿Quáles?

AMBROSIO. Las de Mesué.

NICOLAO. Noble medicina si fuese bien hecha.

AMBROSIO. ¿Cómo bien hecha? Luego ¿hay alguna medicina que se haga mal hecha?

NICOLAO. Mas ninguna hay que se haga bien hecha.

AMBROSIO. ¿Cómo es eso?

NICOLAO. Yo te lo diré.<sup>34</sup>

La salutación suscita una acogida amistosa y la pregunta que sigue continua con el *tuteo* y una suposición por parte de la visita que implica un trato habitual de ambos, a la par que tiene para el lector un *valor descriptivo* («¿Qué muchedumbre de medicinas...»: estamos en una botica). La brevedad de la respuesta negativa, que contrasta con la afectividad de la frase de acogida, no tiene otra explicación sino que el personaje concentra su atención en lo que está haciendo, y al mismo tiempo estimula la curiosidad de su interlocutor (y la del lector).

La interlocución refleja concretamente la relación de ambos interlocutores; el boticario se alegra de la venida del médico amigo, pero está muy ocupado con lo que hace y tiene confianza suficiente para seguir con lo suyo, y no distraerse dando explicaciones; le corresponde pues a la visita insistir. Luego el comentario del médico, hecho en forma de *sentencia generalizadora*, desfavorable al gremio de los boticarios, pica el amor propio del profesional y *se invierten de pronto los papeles de los interlocutores*, pues ahora es el boticario quien pregunta. Y ya está lanzado el tema, esta vez por una reflexión propia de una conversación entre profesionales, cuya comunidad de interés justifica el desarrollo del mismo, al ser ellos complementarios entre sí, y al estar, a menudo, en desacuerdo. Lo mismo que en el texto anterior la interlocución nos muestra a los interlocutores en una situación profesional habitual en la época.

Otro ambiente profesional aparece en el *Manual de escribientes* de A. de Torquemada (en que justifica también el autor su elección del género), que empieza como sigue:

ANTONIO. Trauajosa cosa es que con quanto escriuí comigo cada día no os aprovechéis más vna vez que otra así en seguir el estilo y horden de escriuir como en tener memoria de muchas cosas que me preguntáis, en las quales sería justo que estubiédeses ya tan enseñados que fuédeses mejores maestros que yo...

A lo que contesta uno dellos:

JOSEPE. Verdaderamente yo deseo tanto salir con lo que toca a este ofiçio de secretario así para escriuir cartas ajenas como las mías propias, que qualquier trauajo estimaría en poco como estuuiese çierto de que me aprouechase, pero sienpre he entendido que el escreuir bien

<sup>34</sup> Ed. 1992, p. 4.

es vna graçia gratis data y una abilidad que naçe con los hombres, y que el que de suyo no la tiene, todo quanto trauja es en vano, y con esto yo me descuido algunas vezes...<sup>35</sup>

El principio *in medias res* sitúa *supuestamente* a los interlocutores *en el gabinete en el que trabajan* el secretario y sus ayudantes; el tono, tan directo como poco ameno, del reproche del secretario, instaura de entrada la *relación de maestro a discípulos* entre los interlocutores; pero la réplica de Josepe transforma lo que aparece como un malentendido, malentendido propio de un joven, y da así entrada a su *colaboración* activa en la enseñanza que sigue. La réplica siguiente de Antonio, que señala la «tan gran falta de hombres en España con esta graçia, que los señores apenas pueden hallar quien los sirva de secretarios, o a lo menos quien los sepa servir», da pie a que intervenga el otro discípulo: «LUIS. No creo yo que proçede eso de parte de no averlos, sino de ser tan mal pagados, que ninguno quiere açetar ofiçio tan travajoso...». El ambiente profesional remite claramente *al contexto social de una actividad laboral*, no dudando el autor, a través de Luis, en *hablar de sueldo*, que él juzga insuficiente.

Según acabamos de ver en estos pocos ejemplos la circunstancia del encuentro recrea los elementos de una conversación real por la diversidad de casos y mutua disposición anímica de los interlocutores. La verosimilitud del encuentro y su carácter de realidad viva resultan de la implicación de lugar y tiempo, datos a los que no se alude, por su obviedad, en una conversación real y que el lector del diálogo reconstruye a partir de los demás elementos, debidamente seleccionados para surtir tal efecto. Podría decirse que la identificación del lector se logra a través de esta participación que se espera de él, al obligarle a completar los datos.

*La comunidad o coincidencia de interés o la convergencia de intereses  
y curiosidad por la elección de un tema*

La coincidencia de intereses y/o curiosidad por un tema y la decisión de tratarlo se da de manera muy variada, según la índole del tema, y la correlativa actitud de los interlocutores. En los diálogos que abordan un tema profesional la comunidad de actividad laboral de los interlocutores conlleva, como acabamos de ver, la elección o aceptación del tema. Otros diálogos hay, que responden también a esta voluntad de «vulgarización de conocimientos» pero con una ambientación más «literaria»; en estos textos encontramos a uno de los interlocutores deseoso de informarse con alguien de saber reconocido para adquirir conocimientos nuevos.

En el coloquio del *Sueño del marqués de Mondéjar*, el marqués le pide a su médico que le dé la explicación de un sueño que tuvo la noche anterior y que le fascinó, pero cuyo significado (metafórico) no ha entendido. (Soñó que dentro de una fortaleza se edificaba un palacio viniendo a vivir en él una princesa hasta que se murió y se desmoronó todo). Y naturalmente el médico se presta al comentario.

En el ya citado *Coloquio del sol* de P. Mexía, Petronio y Paulo vienen a participar en una plática ya comenzada entre Ludovico y Antonino sobre las respectivas dimensiones de los astros, según les refiere Ludovico, y asiente Paulo: «Por mi parte, yo huelgo

<sup>35</sup> Ed. 1970, pp. 65-66.

mucho de llegar a este tiempo, porque es cosa ésta que muchas veces he oído decir y deseo entender ... por eso pase adelante la plática»<sup>36</sup>.

En *De los Nombres de Christo* de Fr. Luis de León, Juliano propone que Sabino escoja el tema de la conversación: «Y pues él no puede agora razonar consigo mismo mirando la belleza del campo y la grandeza del cielo, bien será que nos diga su gusto acerca de lo que podremos hablar». Y Sabino saca un papel que lleva escrito de la mano de Marcelo *De los nombres de Christo* y comenta: «Por cierto caso hallé oy este papel, que es de Marcello, adonde, como parece, tiene apuntados algunos de los nombres con que Christo es llamado en la Sagrada Escritura y los lugares della adonde es llamado assí. Y como le vi, me puso codicia de oýrle algo sobre aqueste argumento...»<sup>37</sup>.

En el *Norte de los estados*, el joven Villaseñor viene a pedir consejo «al autor de la obra ... si será bien que se despose»: el tema es el motivo de la venida del joven, con lo que el acuerdo de los interlocutores es implícito.

Un caso notable es el que ofrece el *Diálogo del cazador y del pescador* de Fernando Basurto, en el que todo separa a los interlocutores: la condición social, la edad y la actividad. El viejo pescador es un villano, para quien la pesca tiene una utilidad vital; el cazador es un caballero joven, que caza para distraerse. El diálogo empieza con las lamentaciones del pescador que oye el estruendo de la caza. Al preguntarle el caballero por el motivo de su disgusto, el villano se queda, primero, sin responder directamente, y sólo habla claro a la tercera pregunta del caballero. Pero éste, entonces, no cree que la caza pueda espantar los peces; sigue la discusión, y se muestra tan malhumorado el pescador que parece que no hay diálogo posible; finalmente, después de haber pedido y obtenido un favor —tener segura la plaza para pescar—, accede a la petición del caballero que quiere saber «qué se pierde por caçar». O sea que las bases del acuerdo necesario entre los interlocutores para hacer posible el diálogo respetan los intereses de cada uno: curiosidad «gratuita» por parte del joven, y garantía de un puesto de pesca para el viejo. La diferencia de condición, por otra parte, se refleja en el voseo del viejo y tuteo del joven, y este respeto formal del viejo contrasta con su socarronería e impertinencia; al principio el viejo se muestra desconfiado y habla con rodeos metafóricos:

P. Señor, ¿no queréis que tenga enojo contra los casos que permite Fortuna?

C. No te entiendo.

P. Digo, señor, que estoy enojado de la Fortuna porque jamás tiene segura su rueda.

C. Agora te entiendo menos. Si con más claridad no hablas...

P.- ¿No queréis que esté enojado si con vuestros gritos me havéis espantado los peces?<sup>38</sup>

y luego se atreverá a contradecir al caballero devolviéndole, trocadas, las palabras como si fuesen pelotas, subrayando el cambio de ritmo de la interlocución la oposición de los interlocutores:

<sup>36</sup> Ed. 1936, p. 404.

<sup>37</sup> Ed. 1982, p. 151.

<sup>38</sup> Ed. 1990, p. 10.

C. ¿Y en el caçar qué se pierde?

P. Lo que por el pescar se gana.

P. ¿No os parece... como vos, señor, me preguntáis una cosa imperfecta, que puedo responder al contrario?

C. ¿Luego yo imperfectamente hablo?

P. Yo no digo eso.

P. ... Pues pensad que debaxo de astrosa capa yaze buen bevedor.<sup>39</sup>

La lentitud de esta entrada en materia corresponde a la dificultad de hacer verosímil una verdadera conversación entre dos interlocutores de condición y estado tan distintos, si bien, por otra parte, el estado de cada uno garantiza la verdad de sus palabras y este tanteo interlocutivo es lo que da una ilusión de realidad al encuentro.

DIÁLOGO HUMANÍSTICO Y CONVERSACIÓN REAL: LAS  
«OBLIGACIONES ESTRUCTURALES» DE LA CONVERSACIÓN REAL  
RECOGIDAS EN EL DIÁLOGO HUMANÍSTICO

Las obligaciones estructurales orientan cualquier conversación real a partir de la alternativa de cierre o continuación que se ofrece a los interlocutores. Desde este punto de vista el principio del *Diálogo del cazador y del pescador* de Fernando Basurto resulta notable pues la interlocución está a punto de interrumpirse varias veces. El caballero se cansa de no obtener una respuesta clara a su pregunta: «Si con más claridad no hablas...». Y ahí podía el caballero espolear su caballo o darle un mal golpe al pescador y se terminaba la conversación. Pero continúa el diálogo gracias al cambio de discurso *del pescador que se decide a sincerarse y suscita así la duda del caballero*. Otra alternativa de cierre aparece luego a cargo, esta vez, del pescador, a quien aburre ahora la conversación y que desea que se vaya el caballero: «Mayor merced me haréis que con vuestra ausencia me deis lugar que no me metáis en esas disputas»; y, esta vez, insiste el caballero hasta llegar a otra «conclusión» provisional: «Y tú necio eres». Podía entonces volver el pescador a su ocupación, pero reacciona como picado en su amor propio y, finalmente, le corresponde paradójicamente<sup>40</sup> al caballero lanzar el tema real del *Diálogo* —la crítica económica y moral de las costumbres de la nobleza—, no sin que se haya presentado todavía una posibilidad de cierre con la condición que pone el pescador: «Si para todo lo que os diré la plaza me hazéis segura»<sup>41</sup>.

Así, el principio del diálogo de Fernando Basurto imita los rodeos de una conversación real entre interlocutores que nada tienen en común. Al amparo de estos rodeos se van individualizando los interlocutores, en condición, edad y hasta en carácter, y el autor no duda en acentuar la contradicción argumentativa hasta la posible ruptura. Este riesgo culmina en la condición concretísima que pone el pescador. Y, natural y correlativamente, este hilo argumentativo, muy tenue y superficial al principio, se precisa poco a poco hasta redondearse en el tema que quiere exponer el autor.

<sup>39</sup> *Id.*, p. 12.

<sup>40</sup> Esta paradoja en que se encierra la fina ironía del autor releva, notémoslo de paso, de la retórica.

<sup>41</sup> Ed. 1990, p. 35.

Le corresponde al *Viaje de Turquía* (después de 1558) ejemplificar magistralmente este arte del desorden conversacional al servicio de una argumentación que, sin embargo, se presenta como seguida a nivel interlocutivo. Sólo recordaré la cantidad de reflexiones que se interponen desde el momento en que Pedro descubre la mentira de los viajes de Juan a Jerusalén hasta la «solución» encontrada que introduce de forma natural el relato de Pedro. Primero es la reflexión chusca de Mata que pone en vilo a Juan:

MATA. Bien os sabrá examinar, que esas tierras mejor creo que las sabe que vos, Juan de Voto a Dios, que, como recuero, no hace sino ir y venir de aquí a Hierusalem.

PEDRO. ¿Por qué tierras buenas vinistes? ¿Por qué cibdades?

JUAN. Pasado se me ha de la memoria.

P. Y por mar, ¿adónde aportastes?

J. ¿Adónde habíamos de aportar sino a Hierusalem?

P. ¿Pues entrábais dentro Hierusalem con las naves?

P. En Gerusalem no pueden entrar de otra arte, porque no llega allá la mar con veinte leguas.<sup>42</sup>

Luego Pedro le va a dar un consejo serio a Juan («ya es tiempo de alzar el entendimiento y voluntad destas cosas perescederas...»), con la consiguiente zozobra de éste, que no quiere más «ser tomado en mentira del haber estado en aquellas partes», hasta que Mata proponga una solución práctica de dudosa moral: que cuente Pedro su viaje y Juan «podrá quedar tan docto que pueda hablar donde quiera que le pregunten como testigo de vista», y acceda Pedro; el episodio cubre nada menos que seis páginas.

#### LA CONSTRUCCIÓN DEL CONTEXTO CONVERSACIONAL (PRINCIPIOS DE PERTINENCIA Y COHERENCIA)

Como se puede comprobar en todos los textos citados, la conversación se inicia a partir de una circunstancia concreta y particular que afecta a uno de los interlocutores. Es la tristeza de Ramiro en el *Coloquio breve de la dentadura*; la hermosura de soltera joven y despreocupada de Eulalia en los *Coloquios matrimoniales* de Luján; la insatisfacción de un secretario en el *Manual de escribientes* de A. de Torquemada, etc. El que habla primero parte de su entorno, hace una pregunta concreta directamente suscitada por el personaje con el que se encuentra: le pregunta adónde va, qué está haciendo o le hace un comentario sobre su comportamiento o su aspecto. Es de notar, de paso, la gran variedad, e individualización, de las primeras réplicas, variedad ya observable en los pocos ejemplos que me sirven de botón de muestra.

Desde el punto de vista del lector, los «implicitos», es decir lo que no se dice sino que resulta «evidente» a partir del contenido semántico del contexto textual, desempeñan un papel clave. Ya vimos que no se enuncian las circunstancias de lugar y tiempo en el encuentro de los personajes, por formar parte intrínseca de su contexto vital en una conversación real, naciendo la ilusión de realidad precisamente de lo que se

<sup>42</sup> Ed. 1980, pp. 122-128.

omite por obvio. Pero también el carácter directo de la pregunta o del comentario lleva, de por sí, una indicación de la relación que puede haber entre los interlocutores. Puede ser ésta una relación de amistad y familiaridad (lo que supone una igualdad de condición), o una relación de familiaridad/respeto debido a la diferencia de condición y saber de cada uno o por razón del estado de cada uno. El trato que se dan los interlocutores le permite al lector inferir su respectiva posición en la jerarquía social: tuteo o voseo en caso de igualdad entre ellos, o voseo y tuteo en caso contrario; y entonces, naturalmente, el que primero interviene es el que tutea, marcándose así su superioridad social, como en el *Coloquio de la dentadura*.

Por otra parte, la verosimilitud de la dinámica conversacional estriba en la cooperación de los personajes en la construcción del contexto conversacional, a través de los elementos que se proporcionan mutuamente y el juego de interpretaciones que le confieren coherencia y pertinencia al discurso.

#### *La identificación de referentes y su interpretación por los locutores*

Según Moeschler la coherencia del discurso reside en «la accesibilidad a las interpretaciones» y por lo tanto depende de un proceso interpretativo de índole contextual<sup>43</sup>. En el caso de la conversación este proceso interpretativo estriba en mecanismos de anticipación (formación de hipótesis) o/y en mecanismos retroactivos (confirmación/invalidación de hipótesis), en que se fundamenta la dinámica conversacional.

Primero la conversación se inicia a partir de una pregunta que remite a un referente que el primer interlocutor no sabe cómo interpretar, trátese de un aspecto o de una actitud del otro, o de un elemento del «decorado» (la «muchedumbre de medicinas» del *Diálogo* de Monardes). Hemos visto lo que da de sí, en algún caso, esta «duda» del primer interlocutor con el *Diálogo* de Basurto.

Luego la conversación se desarrolla mediante el horizonte interpretativo de los mismos personajes. Así, en el *Coloquio matrimonial* de Luxán, la reflexión de Dorotea («Como no eres casada») no se conecta lógicamente a nivel puramente semántico con la réplica anterior de Eulalia («Por dicha, harálo los pocos cuidados que debo tener»), sino que resulta de una interpretación evidente por parte de Dorotea, interpretación que confirma la siguiente réplica de Eulalia, o sea que estas dos réplicas remiten a un referente implícito de opinión que sería «las preocupaciones y disgustos de la vida matrimonial». Paralelamente, la réplica de Eulalia («Ni aun lo querría ser»), a la par que confirma el referente implícito, hace avanzar la conversación hacia lo que constituye el tema del *Coloquio*, el matrimonio. Este juego se apoya naturalmente sobre el elemento retórico que constituye la condición de cada personaje, escogida, como se sabe, en función del tema.

En los diálogos más elaborados ficcionalmente, es decir más logrados artísticamente, esta dinámica conversacional, en que radica la verosimilitud del diálogo, se mantiene a lo largo del texto. Es el caso del *Diálogo de la lengua*, en que J. de Valdés «aprovecha» las características de los cuatro personajes que equilibran retóricamente el intercambio, entre castellano e italiano (Valdés-Pacheco, Marcio-Coriolano) y armas y letras (Valdés

<sup>43</sup> Moeschler, 1989, pp. 149 y ss.

y Pacheco), con maestros confirmados (Valdés y Marcio) y gente que sabe menos (Pacheco y Coriolano). Si examinamos los rodeos conversacionales en torno a la delimitación del corpus lingüístico que desempeña un papel tan primordial en la concepción lingüística de Valdés, nos encontramos con un primer intercambio entre «naturales de la lengua» seguido de otro entre un maestro y su discípulo, intercambios que se encadenan según la lógica de la situación conversacional a la par que sirven el propósito didáctico del autor. Primero Pacheco le propone a Valdés que se sirva «del autoridad del vocabulario de Librixa y para el estilo, de la del libro de Amadís de Gaula», lo cual provoca una primera crítica de Nebrija debidamente argumentada merced a las preguntas de Pacheco así como el rechazo del Amadís. A continuación toma la palabra el italiano Marcio que se impacienta («Ora sus, no perdamos tiempo en esto») y propone contentarse con las razones que Valdés dará de sus preferencias epistolares, razones que valora mucho el maestro italiano y que, añade éste, podrá apoyar Valdés en su cuaderno de refranes. La idea de los refranes satisface al soldado Pacheco que la aprueba, pero el joven Coriolano necesita una explicación: «antes que paséis adelante, es menester que sepa yo qué cosa son refranes». Al amparo de la necesaria respuesta a esta pregunta sencilla, Valdés empieza a exponer sus ideas a través de un intercambio con el joven italiano y la selección del corpus lingüístico de apoyo encuentra su justificación de manera implícita por venir después del rechazo de Nebrija y Amadís. Y naturalmente volverá el autor sobre la crítica de Nebrija, a través de una especie de juego con sus interlocutores, y sobre la crítica de Amadís al hablar de literatura. Es de notar con qué arte J. de Valdés «funde» literalmente imitación y retórica en este intercambio conversacional.

Esta conjunción de la imitación y finalidad retórica culmina en el *Viaje de Turquía* merced a las intervenciones de Mata, cuya socarronería resulta ser el instrumento del que se vale el autor para ir ahondando, entre burlas y veras, su propósito crítico/didáctico.

#### *La expresión del papel privilegiado de la experiencia individual*

Es de notar la importancia de la noción de experiencia en el desarrollo de la conversación. A su experiencia se refieren los interlocutores para argüir o contradecir, ofreciendo otra vez el *Viaje de Turquía* el ejemplo máximo del valor de «verdad» de la experiencia. Esta experiencia singular de los interlocutores se refleja en la circunstancia concreta del encuentro y en la contextualización de la conversación. Los interlocutores parten de lo que les ofrece su propia vida para hablar (a veces en forma de monólogo previo), preguntar y responder. No hay aparentemente ningún requisito previo a su conversación fuera de su propio deseo o gusto. No se da de antemano ninguna sentencia moral que ejemplificaría la conversación: son los interlocutores los que deciden, a la vez de conversar y del tema de la conversación; la conversación nace de ellos mismos y sus circunstancias.

Por fin, como hemos visto, la construcción interpretativa del contexto referencial por los propios personajes remite únicamente a su experiencia o saber y no a cualquier autoridad o creencia exterior a ellos.

*Una conversación racional y los límites de la interlocución*

Los interlocutores hablan con toda libertad, casi siempre desde el principio, con esa libertad que da la confianza mutua de gentes que son vecinos o tienen, o han tenido, un trato familiar o íntimo durante años; y también con esa libertad que se le reconoce o se toma el que más sabe, o sabe él que sabe más (como en el caso del pescador del *Diálogo de Basurto*). Es decir que esta libertad anula, de alguna manera, en el plano de la conversación, cualquier diferencia social. Por el simple hecho de querer seguir hablando, los interlocutores se reconocen mutuamente una igualdad teórica, sobre la que se funda el «pacto conversacional»: la igualdad racional, reivindicada por A. de Valdés en el *Diálogo de la lengua* («... explicar el conceto de mi ánimo de tal manera que si fuere posible, qualquier persona que entienda el castellano alcance bien lo que quiero decir»)<sup>44</sup>. Excusado es decir que esta igualdad es totalmente utópica desde el punto de vista de la realidad, y así es como la imitación de la conversación real cede el paso a un desarrollo retórico al servicio de las ideas que quiere defender o poner en tela de juicio el autor. Pero la exigencia de verdad, tan característica del Humanismo, lleva los autores a imitar el habla propia de la condición y/o del medio al que pertenecen los personajes, ya que, en fin de cuentas, en esta verosimilitud lingüística se cifra la autenticidad del mensaje del autor a través de las palabras de sus personajes. La conversación arranca de una circunstancia individual, pero rápidamente alcanza un valor de universalidad, buscando los interlocutores alcanzar una forma de verdad, verdad científica o verdad práctica de tipo moral y social. Este plano de universalidad de la conversación saca, por así decirlo, a los interlocutores de su circunstancia vital e impide cualquier interacción entre ellos: su mutuo compromiso no es vital, sino solamente especulativo. En algunos casos, sin embargo, la palabra implica una actuación por parte de un interlocutor: es una promesa, o sea palabras para un futuro exterior al diálogo, en el caso de Basurto; o bien se trata de una actuación pasada referida, como en el relato de vida del *Viaje*, donde la «conversión» de Juan de Voto a Dios al final de la obra no pasa, sin embargo, de las meras palabras, ya que no sabemos hasta qué punto la palabra de Pedro ha transformado a Juan de Voto a Dios: en todo caso los efectos de esta transformación se darán en un futuro exterior al diálogo.

Concluiré recalcando la novedad literaria de esta escritura interlocutiva y marcando sus límites. La novedad radica en que la conversación surge de la propia vida de los protagonistas, de sus incertidumbres, que pueden ser momentáneas y exteriores a ellos (el pescador perturbado por la llegada de la caza) o ligadas a la inquietud de su alma (*Diálogo de la dignidad del hombre*) o reducirse a un deseo de aprender (que corresponde a la voluntad de vulgarización científica del autor), y, en este caso, la novedad puede radicar también en el tema tratado (arquitectura, medicina, astronomía, arte de escribir cartas de administración). O sea que los dialoguistas escriben con la mirada puesta en su alrededor, fijándose en varios aspectos de la realidad social con un propósito didáctico en cuanto al fondo e imitativo en cuanto a la forma. El propósito didáctico les lleva, para dar más eficacia a sus ideas, a encarnarlas en personajes que hablan como se habla en la realidad, de forma a recrear el marco comunicacional que

<sup>44</sup> Ed. 1985, p. 106.

los acredita<sup>45</sup>. Pero estos personajes no actúan, no viven sino intelectualmente, y su circunstancia vital como interlocutores se resume a la del encuentro inicial, si bien alguna que otra reflexión en el transcurso de un diálogo puede, a veces, remitir a la realidad para anclar mejor la conversación en un contexto verosímil que conforte el propósito retórico. Resulta notable, en este sentido, la ausencia de final «ficcional» en el *Viaje de Turquía*.

Parece como si durante el siglo XVI se consiguiera una representación literaria verosímil (concreta, particularizada) de las relaciones interindividuales sólo en su aspecto racional. La racionalidad individualista permite lograr un consenso al elevar la circunstancia singular a la universalidad y obrar a favor de un consenso marcado por el cristianismo. El marco conversacional coincide plenamente con los objetivos didácticos de los humanistas. En cambio, la subjetividad individual es por excelencia el espacio de la conflictividad, ligada al deseo de acción y realización de uno mismo, cuyo interés personal choca a menudo con el interés ajeno y su representación supone planteamientos de otra índole. Parece como si todavía no se tuviera el distanciamiento suficiente para representar verosímelmente, es decir dentro de su contexto social real y sin propósito ético previo, esta conflictividad propia de la subjetividad individualista. No olvidemos el éxito que conocen en la época las novelas de caballerías... Queda que la atención a la realidad social, que se refleja en la creación de marcos conversacionales fidedignos variadísimos, que hacen verosímil la interlocución dialógica, prepara eficazmente la emergencia literaria del «individuo problemático» al que Cervantes dará su plena expresión en el *Quijote*.

### Bibliografía

- Actes du Colloque Représentation(s)* (5-7 Mai 1999), Poitiers, Maison des sciences de l'homme et de la société, Université de Poitiers y CNRS, 2000.
- ARTOLA, Miguel, *Textos fundamentales para la Historia*, Madrid, Revista de Occidente, 1971.
- ÁVILA, Dr. Francisco de, *Diálogos en que se trata de quitar la presunción y brío al hombre...*, Alcalá, Juan de Lequerica, 1576.
- BARAHONA DE SOTO, Luis, *Diálogos de la montería* (# 1587), ed. de F. Uhagón, Madrid, Sociedad de Bibliófilos Españoles, 1890, t. XXVII.
- BASURTO, Fernando, *Diálogo del cazador y del pescador*, ed., introd. y notas de Alberto del Río Nogueras, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 1990.
- ESPINOSA Y SANTAYANA, Rodrigo, *Arte de retórica, en el qual se contienen tres libros [...] El tercero [enseña] escribir epístolas y diálogos*, Madrid, G. Drouy, 1578.
- FERRERAS, Jacqueline, *Les dialogues espagnols du XVI<sup>e</sup> siècle ou l'expression littéraire d'une nouvelle conscience*, Paris, Didier Érudition, 1985 (versión española de próxima aparición, Univ. de Murcia).
- «Le premier traité d'architecture en langue vulgaire: le dialogue de Diego de Sagredo: *Medidas del Romano* (1526)», en *Transmission du savoir dans l'Europe des XVI<sup>e</sup> et XVII<sup>e</sup> siècles: acteurs, moyens, destinataires*, textes réunis par Marie Roig Miranda, avant-propos de Francine Wild, Paris, Champion, 2000, pp. 201-217.

<sup>45</sup> Los principios que rigen la interlocución en los diálogos nada tienen que ver con la concepción cortesana del arte de la conversación de Castiglione.

- FLÓREZ, Andrés, O.P., *La doctrina cristiana del Ermitaño y niño*, ed. facsímil con estudio y un apéndice de Pedro M. Cátedra, Salamanca, 1997.
- GADAMER, Hans Georg, *Langage et vérité*, trad. franç. de *Aufsätze laut Anhang*, Paris, Gallimard, 1995.
- KERBRAT-ORECCHIONI, Catherine, *La conversation*, Paris, Seuil, 1996.
- LEÓN, Fr. Luis de, *De los nombres de Cristo*, ed. de C. Cuevas, Madrid, Cátedra, 1982.
- LÓPEZ DE VILLALOBOS, Dr. Francisco, *Libro intitulado los problemas de Villalobos...*, Madrid, B.A.E., XXXVI, 1950.
- LÓPEZ PIÑERO, José María, *Ciencia y técnica en la sociedad española de los siglos XVI y XVII*, Barcelona, Labor, 1979.
- LUJÁN, Pedro de, *Coloquios matrimoniales...*, Sevilla, D. de Robertis, 1550; Madrid, Atlas, 1943.
- MARTÍNEZ DE CASTRILLO, Francisco, *Coloquio breve y compendioso. Sobre la materia de la dentadura y maravillosa obra de la boca. Con muchos remedios y avisos necesarios*, Valladolid, Sebastián Martínez (1557); reed. facsímil, Madrid, Vassallo de Mumbert, 1975, con un prólogo de D. García Gras.
- MEXÍA, Pedro, *Coloquios o Diálogos nuevamente compuestos por el magnífico cavallero Pero Mexía vecino de Sevilla en los quales se disputan y tratan varias cosas de mucha erudición y doctrina*, Sevilla, D. de Robertis, 1547; Madrid, Saez Hermanos, Librería Bergua, 1936.
- MEXÍA Y PONCE DE LEÓN, Luis, *Apólogo de la ociosidad y el trabajo*, en *Obras que Cervantes de Salazar ha hecho, glosado y traducido*, Alcalá, Juan de Brocar, 1546.
- MILHOU, Alain, «La péninsule Ibérique», en *Histoire du christianisme des origines à nos jours*, Paris, Desclée, 1990, t. VIII.
- MILON, Alain, *L'art de la conversation*, Paris, P.U.F., 1999.
- MOESCHLER, Jacques, *Modélisation du dialogue. Représentation de l'inférence argumentative*, Paris, Hermés, 1989.
- MONARDES, Nicolás, *Diálogo llamado pharmacodiosis* (Sevilla, 1536), ed. de Nieves Barranda, notas de N. Barranda y B. Gutiérrez-Colomer, prólogo de V. Infantes, Madrid, Smithkline Beecham, 1992.
- MONTAÑA DE MONSERRATE, Bernardino, *Libro de la Anothomía del hombre. Nuevamente compuesto por el doctor... juntamente con una declaración de un sueño que soñó ... el marqués de Mondéjar*, Valladolid, Sebastián Martínez, 1551; ed. facsímil, Murcia, Universidad de Murcia, Servicio de publicaciones, 1999.
- OSUNA, Fr. Francisco de, *Norte de los estados en que se da regla de vivir a los mancebos y a los casados y a los viudos...*, Sevilla, Bartolomé Pérez, 1531.
- PÉREZ DE OLIVA, Hernán, *Diálogo de la dignidad del hombre*, ed. de María Luisa Cerrón Puga, Madrid, Cátedra, 1995.
- PINEDA, Fr. Juan de, *Los treinta y cinco diálogos familiares de la agricultura cristiana* (1589), ed. del padre Juan Meseguer Fernández, O.F.M., Madrid B.A.E. CLXI, 1963.
- SAGREDO, Diego de, *Medidas del romano...* (1526), ed. facsímil, Valencia, Artes Gráficas Soler, 1976.
- SALINAS, Miguel de, *Rhetórica en lengua castellana* (1541), ed. de Encarnación Sánchez García, Napoli, L'Orientale Editrice, 1999.
- SAVOYE DE FERRERAS, Jacqueline, «Forma dialogada y visión del mundo en el *Libro de los estados* de Don Juan Manuel», *Criticón*, 28, 1984, pp. 97-118.
- TORQUEMADA, Antonio de, *Colloquios satíricos con un colloquio pastoril y gracioso al cabo dellos*, ed. M. Menéndez Pelayo, en *Orígenes de la novela*, VII, Madrid, Bailly-Bailliére, 1907, pp. 486-581.

- *Jardín de flores curiosas*, ed. de Giovanni Allegra, Madrid, Castalia, 1983.
- *Manual de escribientes* (¿1552?), ed. de M. J. Canellada y A. Zamora Vicente, Madrid, R.A.E., 1970.
- VALDÉS, Juan de, *Diálogo de doctrina cristiana...*, ed. de Javier Ruiz, Madrid, Editora Nacional, 1979.
- *Diálogo de la lengua*, ed. de Juan M. Lope Blanch, Madrid, Castalia, 1985.
- Viaje de Turquía*, ed. de F. García Salinero, Madrid, Cátedra, 1980 (y ed. de Marie-Sol Ortolá, Madrid, Castalia N.B.E.C., 2000).
- VIALA, A., «La fonctionnalité du littéraire: problèmes et perspectives», *Littératures classiques*, 37, 1999, pp. 7-20.

\*

FERRERAS, Jacqueline. «Las marcas discursivas de la conciencia individualista en el diálogo humanístico del siglo XVI». En *Criticón* (Toulouse), 81-82, 2001, pp. 207-227.

Resumen. Partiendo de las declaraciones de los dialoguistas del siglo XVI, se trata primero de comprobar de qué manera el diálogo humanístico resulta ser una conversación escrita, es decir cómo cumple con las normas que rigen la interlocución en la conversación real. Para ello, varios ejemplos se analizan con los instrumentos de análisis proporcionados por las ciencias del lenguaje, que dan cuenta de los mecanismos determinantes del proceso comunicacional en la conversación real. Luego se interpretan los resultados de este análisis destacando las características y los límites de la representación que podía hacerse la sociedad áurea de las relaciones interindividuales, o sea cómo la escritura de los diálogos refleja la conciencia individualista renacentista.

Résumé. À partir des déclarations des auteurs de dialogues du XVI<sup>e</sup> siècle, on montre comment le dialogue, à l'époque de l'Humanisme, veut être l'équivalent d'une conversation écrite, comment il répond aux règles qui régissent l'interlocution dans une conversation réelle. Pour l'analyse de plusieurs exemples, on a recours aux instruments forgés par les sciences du langage pour expliquer les mécanismes des processus de communications mis en œuvre dans la conversation réelle. Les résultats obtenus sont interprétés afin de dégager les caractéristiques et les limites de la représentation que la société du Siècle d'Or pouvait avoir des relations interindividuelles, en d'autres termes, pour comprendre comment les dialogues humanistes servent à l'expression de la conscience individualiste de la Renaissance.

Summary. The humanistic dialogues' authors of the XVIth century focused on the reality of conversation on its imitation. To overcome the drawbacks of these theories, I will verify in which way the humanistic dialogues can be considered as a written conversation, that it is to say how it applies the right norms in real conversation. First of all, I will analyse several examples using the recent investigation's instrument of Linguistic Sciences in order to specify which of these mechanisms are necessary to the success of the conversational process. Afterwards I will translate these results searching for the characteristics and the representation's limits that a society, as the Spanish XVIIth century society was able to create about «inter-individual relationships», in other words, how the dialogues style reflects the individual consciousness of the Renaissance.

Palabras clave. Conciencia individualista. Conversación. BASURTO, Fernando. Diálogo. ESPINOSA Y SANTAYANA, Rodrigo. Interlocución. LEÓN, Fr. Luis de. LUJÁN, Pedro de. MEXÍA, Pedro. OSUNA, Fr. Francisco de. PÉREZ DE OLIVA, Hernán. TORQUEMADA, Antonio de. VALDÉS, Juan de. *Viaje de Turquía*.

Jean Canavaggio

# CERVANTES, ENTRE VIDA Y CREACIÓN

Prólogo.....	9
Entre vida y literatura	
Hacia la nueva biografía de Miguel de Cervantes .....	17
Un compañero de cautiverio de Cervantes: don Fernando de Ormaza .....	33
Agi Morato entre historia y ficción .....	39
Aproximación al proceso Ezpeleta .....	45
Cervantes en primera persona .....	65
La dimensión autobiográfica del <i>Viaje del Parnaso</i> .....	73
La España del Quijote .....	85
En torno al teatro	
El desenlace de <i>La Numancia</i> : tradición y originalidad .....	97
La cautiva cristiana, de <i>Los Tratos de Argel</i> a <i>Los Baños de Argel</i> .....	109
Los pastores del teatro cervantino: tres avatares de una Arcadía precaria .....	123
Tristán y Madrigal, bufones <i>in partibus</i> .....	137
Variaciones cervantinas sobre el teatro en el teatro .....	147
Brecht, lector de los entremeses cervantinos: la huella de Cervantes en los <i>Einakter</i> .....	165
García Lorca ante el entremés cervantino: el telar de <i>La zapatera prodigiosa</i> .....	175
Entre burlas y veras	
<i>Madre, la mi madre</i> : textos y contextos .....	187
Garcilaso en Cervantes: «¡Oh dulces prendas por mi mal halladas!» .....	199
«Aquí duermen los cañalleros»: el poco dormir de don Quijote visto desde la perspectiva del <i>Tirant</i> .....	207
Don Quijote baja a los abismos infernales: la cueva de Montesinos .....	217
Las bufonadas palaciegas de Sancho Panza .....	235



CENTRO DE ESTUDIOS CERVANTINOS

ALCALÁ DE HENARES, 2000